

SUSCRIPCIONES

Table with subscription rates for Madrid, Provincias, Portugal, América, and other regions, listing prices in Pesetas for monthly, quarterly, and annual terms.

VENTA.

Table with sale prices for various editions and quantities, including 'España', 'América y Extranjero', and 'En las demás naciones'.

EL GLOBO

DIARIO ILUSTRADO
POLÍTICO, CIENTIFICO Y LITERARIO

AÑO XV—TERCERA EPOCA

Viernes 19 de Abril de 1889

MADRID—NUM. 4.915

SE SUSCRIBE

En las oficinas de El Globo, San Agustín, 2, y en todas las librerías.

ANUNCIOS.

Se reciben en esta Administración, y en la Sociedad General de Anuncios, Carmen, 19 principal, y en Barcelona señores Boldós y C. Escudillers, 80.

REMITIDOS.

En París, la «Société Mutuelle de Publicité», rue Canmartin, 61; director, Mr. Lorette.

REMITIDOS.

Toda la correspondencia se dirigirá al ADMINISTRADOR DE EL GLOBO.

SEMANA SANTA

MATER DOLOROSA

Contra una creencia puede haber otra creencia, y contra las intuiciones de la fé pueden tener injunjo bastante el análisis imparcial y la desapasionada crítica; pero no hay fuerza, ni arma, ni razon que sean de eficacia alguna en contra del sentimiento.

Vacilan á veces las conciencias, mas no vacilan nunca los corazones.

En éstos arraiga el culto de Maria, y no cabe proceder ni hablar sino con delicadeza respetuosa cuando se trata de esa veneracion natural é instintiva en que coinciden los árabes, los latinos y los griegos.

Difficil seria el precisar á qué representacion simbólica profesa mayor cariño el mundo cristiano; si á la Madre virgen, ó á la Madre Dolorosa. Cabe, empero, admitir que confunde ambas representaciones y que no se olvida de la primera ni aun al fijarse con especialidad en la segunda.

Asi se ve que los oradores sagrados, en vez de concretarse á herir la fibra más sensible de las mujeres, cuando disertan sobre aquella soledad y aquel abandono, prefieren recordar la hermosura de la doncella de Sion, y buscar la explicacion de dolores tan hondos y tan positivos, no en los afectos eternamente iguales de la humana naturaleza, sino en el equivoco Cantar de los Cantares, ó en las proféticas lamentaciones de Jeremias.

Por cada predicador—entre los innumerables que en estos últimos años hemos oido—dotado de sentimiento bastante para buscar el efecto y la emocion dirigiéndose á aquellos ocultos rincones del alma que tienen llenos de lágrimas todos cuantos han perdido algun hijo, hay sin duda 80 ó 90 que se lanzan á parafrasear las estrofas de Salomon: «¿Quién es ésta que baja del monte, y se muestra como el alba, esclarecida como el sol y hermosa como la luna?» O que repiten y comentan á su sabor los ya vulgares troyes: «¡Oh! vosotros los que pasais por la vereda, mirad y ved si hay dolor como este dolor mio... ¡qué triste y qué solitaria la ciudad un tiempo populosa...!»

Tal vez piensan que del otro modo no levantarían en todos los pechos ecos simpáticos; tal vez suponen que los fieles no encontrarían bastante justificada la angustia de una madre á quien debía de constar que el fruto bendito de su vientre era Hijo de Dios é iba á resucitar dentro de tercero dia para subir á los cielos. Y eso no es exacto. La pobre mujer cristiana que pierde su peñuelo, padece horribles dolores aun sabiendo, como sabe, que la aguarda en la gloria el ángel que se ha ido.

En cuanto á los poetas y los artistas; raro es el que no incurra en desviacione, análogas, y el que no prefiera la Virgen Madre á la Madre Dolorosa.

Conste que no hablamos en son de censura; nos limitamos á citar un hecho: el de que para el mundo católico ha sido, y es, y será siempre inaceptable la vez de Maria.

Cincuenta años por lo menos contaba la atribulada Mujer á la muerte de Jesús, y sin embargo, no se halla, sino con suma dificultad, descripcion ni representacion gráfica que le atribuya más de treinta. Y eso que las mujeres judías, entonces lo mismo que ahora, tan temprano entraban en la adolescencia como salian de la mocedad para llegar, casi sin transicion, al ocaso de la edad madura.

Setenta y dos años vivió Maria, segun la tradicion cristiana, que la hace morir en Efeso; y bastante más de sesenta, segun la creencia general, que coloca su sepultura al pie del monte de las Olivas.

A pesar de ello, nadie la contempla ni la personifica en este segundo periodo de una existencia relativamente larga. Apenas si en España se conmemora su aparicion en carne mortal al apóstol Santiago, que pudo reconocerla y adorarla, postrado ante el célebre Pilar de Zaragoza.

¡Cosa extraña en verdad, pues la autoridad y la influencia de la veneranda señora aumentaron considerablemente despues de la muerte del Justo!

Durante la vida y predicacion de Cristo habia permanecido eclipsada. El divino Maestro, entregado por entero á su mision sublime, hallábase como desasido de todo personal afecto. Los sinópticos citan no más que alguna vez á la Madre y ponen en boca del Hijo frases que á primera vista casi parecen duras. Segun ellos, Jesús se enojó en una ocasion en que Maria, inquieta, fué á buscarle al lugar en que evangelizaba á la muchedumbre. San Juan, al hablar de las bodas de Caná (cap. XI, vers. 3 y 4), escribe lo siguiente:—«Y faltando el vino, la madre de Jesús le dijo:—Vino no tienen.— Y dícele Jesús: ¿Qué tengo yo contigo, mujer? Aun no es llegada mi hora.»

El mismo San Juan refiere con sequedad parecida la angusta escena del Calvario.—«Y estaban

junto á la Cruz de Jesús su madre, y la hermana de su madre, Maria, mujer de Cleofas, y Maria Magdalena.—Y como vió Jesús á la madre y al discípulo que El amaba que estaba presente, dijo á la madre:—Mujer: Hé ahí tu hijo.—Despues dijo al discípulo: Hé ahí tu madre. Y desde aquella hora, el discípulo la recibió consigo.»

Esto, no obstante, la significacion de la madre, antes y despues de la muerte del Hijo, es tan grande como la del Redentor para cuantos comignan en la fé de Cristo, y aun para aquellos cuyas suaves creen-

Dolorosa que el eminente artista Agustin Querol remitió á la Academia de San Fernando al finalizar el primer año de su pension en Roma.

La imaginaria es un ramo de la escultura que ofrece escaso campo á la imaginacion creadora de los artistas.

Necesitase además toda la independencia de que alardea el arte realista para que un escultor se atreva á romper con los antiguos cánones, hoy todavía respetados.

Asi lo ha hecho Querol. Ha prescindido de las

ANTES DE LA PROCESION

POR LA MAÑANA

Mal humorada, gruñona, llena de pesadumbre, no cesa la pollita de la casa de ir y venir al balcon, ansiosa de atisbar el cáliz del tiempo. El nublado es densísimo. ¡Y ella, que antes de acostarse puso en agua para que se conservaran frescas las dos camélias blancas que le regaló el novio y sacó de la cómoda la mantilla de casco y el vestido negro!...

En todas las mentes madrileñas, jóvenes y caducas, flota la misma temerosa idea. ¡Dios mio!... ¡Si no saldrá la procesion por la lluvia!... ¡Quién sabe las ilusiones que penden de un rayo de sol!...

Infinidad de trajes de raso y moaré, de velos de toalla y encaje, de pañuelos de crespon y de peinetas de concha, de horteriles levitas de elasticotin y de americanas y sombreros de copa de currutaco, esperan humildemente á que las vedijas de la cerrazon desarrugnen el ceño fruncido y el cielo se sonría.

En el templo reina mientras idéntico pánico que en los hogares, y las sagradas efigies están que no les llega la peana al cuerpo con lo que oyen; la servidumbre de la iglesia no para de ir y venir á la sacristía, y uno dice que sale por fin la procesion, y otro que por fin no sale, y este sacristan afirma ahora que empiezan á caer cuatro goterones, y aquel cura añade luego que parece que tiende á clarear el nublado, con lo que las santas esculturas reunidas en el piadoso recinto para formar el cortejo, incapacitadas de consultar á las imágenes de los altares, cubiertas por las cortinas de ritual, no saben á qué compañero encomendarse.

LA TORRE TRISTE

El sol ha tomado cartas en el asunto; suspirase que al mediodía llegaran hasta su atmósfera no se sabe qué elocuentes miradas madrileñas pidiéndole que hiciera; no queriendo desairar á sus gaitas, mandó á informarse á un resplandor que agujereó el toldo gris del cielo llenando de esperanza á los cortesanos, y persuadido de lo indispensable de su presencia, con su arrogancia de sultano del espacio, en cuatro rayazos ha comenzado á barrer el horizonte.

Pronto darán las tres de la tarde; los alrededores de San Ginés rebosan de multitud, aumentándose cada vez más el gentío con un borboteo de esclusa que sube; bullicioso tropel de mujeres de la clase baja, ávidas de hartarse de procesion, se apoltonan en aquellos contornos para ver salir el cortejo y correr á contemplarlo á otra parte.

Una bandada de alborotadores chicos, frustrado su intento de pasar al pórtico de la iglesia, intenta encaramarse á la verja del atrio, mientras que algunos, dejando á sus compinches en la puerta principal, acuden á la posterior atisbando el modo de colarse con cualquier descuido; de cuando en cuando llega por las avenidas del templo el clero de las parroquias con sus mangas y sus monagos rizado el pelo á tenacilla; por aquí asoma el estandarte morado de tal archicofradía con sus cetros de escolta; por allí aparecen los pendones verdes de cual hermandad; por allá se aproxima la seccion del cuerpo de seguridad que ha de velar por el orden; despaciosos, graves, de á dos, mandados por un alférez, se acercan los guardias civiles de á caballo que han de hacer el despejo; deslizándose penosamente entre la muchedumbre, baja de hácia la plaza Mayor la comision del municipio encargada de la presidencia; snenan cornetas á lo lejos, despues, más cerca, ecos de música; al cabo desemboca por la calle del Arsenal un batallon de cazadores, con su escuadra, su banda y su charanga en cabeza, armas á la funerala y produciendo en el piso de madera un ruido sordo, que se percibe como un rumor entre los compases vivos, acelerados, llenos de fuego del paso doble á cuyo son marcha la fuerza...

Es la hora marcada para dejar el templo comitiva; la gente lo observa, y algo como una ondulacion recorre la multitud; los balcones de las casas se pueblan de personas; los concurrentes más apartados se empujan; pónese «firmes» la tropa, desensainan los guardias; todo el mundo siente en el ánimo la alegría efervescente que precede á la consecucion de un deseo muy acariciado y muy vivo.

Sólo la alta torre, protagonista siempre ruidosa de todas las fiestas permanece sombría, mustia, callada, afónica, sin saber qué hacerse de sus inútiles esquilones, renegando tal vez de la carcara inepta, llorando por dentro de no poder coronar la salida de la procesion con un delirante volteo de campanas, alegrándose para su badajo de que la lluvia no haya decidido todavía si caerá ó no y aun deseando el chaparron ya que no puede tocar á vuelo hasta aturdirse.

ALFONSO PEREZ NIEVA.



Mater Dolorosa.

Escultura de Agustín Querol.

cias de la primera edad se han agotado bajo las escarchas de la duda.

Ante ella se inclinan todos llenos de confianza y de cariño.

Porque si bien es virgen hermosa é inmaculada, para las aspiraciones y abstracciones del alma, es tambien para los dolores é infortunios de la vida madre de amor y de consuelo.

Muchísimos son los que la saludan: «Ave Maria, gratia plena;» muchos más los que la saludan y seguirán haciéndolo mientras haya tristezas en el mundo:—Ave Maria, consolatrix afflictorum.»

siete espadas litúrgicas tradicionales, que taladran el seno de la santa madre de Cristo. La ha representado andándose en el seno la corona de espinas que clavaran en las sienas de su hijo, en un impulso de sereno y vehemente amor á los dolores del mas sublime de los mártires, mediante los cuales se operó la salvacion universal.

El acierto del artista en asunto tan delicado anunció desde luego los que sucesivamente y en pocos años le han granjeado un puesto eminente entre los escultores españoles.

Nuestro grabado reproduce fielmente la

Ayuntamiento de Madrid

LOS SERMONES DE AYER

Por la tarde. EN CHAMBERÍ

DON VICENTE DE MANTEROLA

A las tres y media debía subir al púlpito el penitenciario de Toledo, y de mucho antes, cuando nosotros llegamos, estaba lleno de fieles el templo, que no es por cierto de los más reducidos de Madrid...

De estas palabras de Cristo sacaba el predicador la necesidad del amor de unos hombres a los otros, y deducía la conveniencia de la humildad en ese amor recíproco fundada.

Breve, brevísimos, fué la primera parte de la oración; sólo sirvió para exponer el tema é implorar la intercesión de la Virgen, en deprecación concisa.

Al desamor en que vivimos los hombres, á la ausencia de fraternidad cristiana, añade el canónigo de la Primada la intranquilidad que nos rodea. Socialista de Cristo, Jesús expuso en rigor una teoría socialista; se han roto los privilegios, decía, pero no ha llegado la paz; las naciones temen y desconfían una de otras; dentro de cada colectividad nacional los ciudadanos temen y son temidos; los de las capas más altas temen la burguesía; los burgueses odian y temen á los de las más bajas, que odian y temen á los que se han sentado al banquete sin darles ni aun las migajas que desprecian los animales inmundos.

Pero—dijo—no en vano llaman á la puerta y se les niega la entrada por la fuerza; la fuerza son ellos, son el número, y entrarán al fin.

Esta teoría, que no se parece, por cierto, con la expuesta momentos antes, según la cual no es la falta de participación en la gobernación del Estado la que mueve á las multitudes; esta teoría, repetimos, la aprovechaba el orador ilustre para llamar á todos á la fraternidad cristiana, y para sostener que sin ella no era posible, en modo alguno, ni la paz de las conciencias ni la tranquilidad de los pueblos.

Es ligeramente dura, pero muy hermosa, la oratoria del padre Manterola, que tiene dejos muy gratos de la oratoria del Parlamento.

Su ademán es adecuado, enérgica la frase, la gradación oportuna, el apóstrofe vivo y dulce. Su voz metálica da con las inflexiones buen colorido; silabea de suerte que no se pierde una letra; sóbrio en la expresión, muy versado en los artificios retóricos, dice por modo castizo; y, sin embargo, lo gutural de las rrr, lo incisivo de las letras labidéntales y el ritmo de su lenguaje, hacen creer que se oye hablar á un extranjero que se expresa correctamente en nuestro idioma.

En una palabra, Manterola es el orador que uno se figura, y un poco más.

M. M. G.

EN EL HOSPITAL DEL CÁRMEN

El orador se llama el padre Repullet. No sabemos qué significará en lengua lemosina esta palabra; pero si equivale al repoludo del dialecto gallego, hay que convenir en que el apellido se adapta bien á la persona.

El padre, ó el Sr. Repullet, es un hombre en el vigor de la edad, fuerte, sanote, de excelente encarnadura, tardos movimientos, voz nasal, expresión remisa y con todas las trazas de tener perfectamente equilibrados los humores.

Al oír al dichoso varón, viénese á la memoria del oyente profano ó distraído una famosa décima de Rosalía de Castro:

Un repoludo gaitero, de pano sedán vestido...

Su sermón fué tan corrido, natural é insignificante como el cumplimiento de cualquier función fisiológica.

Solo tuvo algunos rasgos característicos.

Por ejemplo, el padre Repullet no se metió tan sañadamente con Judas cual suelen hacerlo al predicar sobre el Mandato la mayoría de los oradores. Dijo, es verdad, lo que buenamente se le ocurrió, y no dejó de darle su merecido, pero inmediatamente emprendió con San Pedro, piedra fundamental de la Iglesia, y lo puso como nuevo por haber negado, á instancias de una mujercuela, al Redentor del mundo. Hasta indicó que se había necesitado un milagro para sacar del abismo en que, con su apostasía, había caído, al príncipe de los apóstoles.

Esto revela, á nuestro juicio, una buena disposición de ánimo. A todo varón pacífico y contemporizador le parece mal hacer leña del árbol caído, mientras campan por sus respetos otros, muy altos ahora, pero que también en su día estuvieron á punto de venirse abajo.

¿Qué deseará de mí, amados hermanos?—seguía preguntando á todo esto el padre Repullet.

Y á cada nueva interrogación parecía resonar el mismo coro entonado á la sordina:—«Que su paternidad concluya.»

Advertido quizás de ello, el predicador dió de mano á los deseos del auditorio, y entró con los de Jesucristo, poniéndolos en latin para mejor resguardarlos.—«Desiderio, desideravi,» desearé humillarse ante los más humildes; desidero desiravi, quis lavar los pies á los discípulos, ¡y eso que El era y es quien sostiene en tres dedos la máquina de los cielos y del Orbe...!»

Lo cual, manifestado sea con el debido respeto, es asunto que corresponde á nuestra sección de Física sin aparatos, donde cualquier domingo daremos á conocer, con explicación y grabado, el juego de equilibrio que consiste en levantar un hombre con solos cinco dedos.»

Cierto que vale y significa bastante más el sostener con solo tres la máquina del Universo mundo. M. S. J.

EN SAN JOSE

DON PEDRO G. DEL PALACIO

La Corresponsabilidad, confundiendo nombres, atribuyó á D. Manuel del Palacio la oración sagrada que había de pronunciarse ayer tarde en la iglesia de San José; pero fiándonos poco de la exactitud del colega, pudimos, leyendo el cartel al entrar en el templo, rectificar el nombre del señor cura á cuyo cargo corría el discurso.

El padre Palacio es uno de los mejores oradores

que figuran entre los que estos días explican á los fieles los misterios de la Sagrada Pasión.

Su palabra es fácil, bien timbrada (aunque algo monótona), persuasiva y clara. Discurre con orden; se expresa con ingenuidad, y huyendo de las declamaciones ampulosas, que tan mal sientan en el púlpito y á que tan aficionados se muestran algunos, resulta agradable y simpático su discurso. Es, pues, uno de los oradores á quienes se escucha sin molestia, y como consigue por lo razonable de sus argumentos convencer al auditorio, se establece entre éste y el orador la unidad de pensamientos que tan decisivo influjo ejerce en el buen éxito de esta obra sagrada.

Y ya que hemos reconocido las buenas cualidades de este orador, podemos con ingenuidad decir que abusa un tanto de los latinajos, como vulgarmente se dice.

El padre Palacio no cree que basta con expresar en castellano los pensamientos, las máximas y los preceptos del Sagrado Maestro y sus discípulos, sin citarlos primero en latin y traducirlos á renglón seguido, de lo que resultan casi dos sermones, uno en idioma del ritual y otro en el que hablamos constantemente los mortales.

Claro está que de toda la parte que dice en latin pudiera muy bien prescindirse sin detrimento de la belleza oratoria, pues dado que el noventa por ciento de los oyentes no entienden de latines, sólo sirve á lo sumo este lujo de citas, dichas en idioma que no fué ciertamente el que empleó el Divino Maestro, para hacer gala de una erudición que corre el riesgo de parar en pedantería.

Está bien, y es muy de elogiar, que el sacerdote sea ilustrado y erudito; pero esas bellas cualidades se realzan velandolas con cierta modestia, porque la corrección del discurso basta para hacer patente la ilustración del que le pronuncia. M. M.

EN SANTIAGO

DON CASTO PORRAS

¡Valiente chasco nos ha dado este orador!

¡Dios se lo premie! Creíamos el año pasado poder en éste calificarle de bueno, y nos ha salido lo mismo y aun peor que antes. Es decir, que sigue mediano, con opción á suspensus.

Se conoce que el padre Porras—con perdon sea dicho de los portugueses—leyó El Grono del año pasado, y se dijo para su capisayo: «Ora buena fama y échate á dormir.»

Queriendo probarnos las excelencias de la religión sobre todas las demás, la de los aztecas inclusive, empezó su peroración con una manera algo extraña.—«¿Quién es ese hombre extraordinario?—dijo á voces.

Y todos sus anados oyentes se miraron unos á otros para averiguar quién fuese el individuo, objeto de la interpellación.

Pasada la primera sorpresa, prestamos atento oído á D. Casto, el cual nos comunicó que la religión católica cura todas las enfermedades, que no necesita de cultos misteriosos y obscenos, y que es muy superior á la budhista, que usa maquinillas para oraciones.» ¡Qué vergüenza!

Después se internó en los misteriosos antros de la mitología, de la historia antigua y de la filosofía, saliendo de la exploración un tantico mal parado, pues además de ser corto de memoria, es en extremo amplificador é incoherente. Tanto que nos hizo recordar á un amigo nuestro, quien nos preguntó cierta vez si conocíamos Haití, y oída apenas nuestra respuesta afirmativa, prosiguió sin tomar aliento: «¿Si vieras usted qué pollos vende el tío Gordo!»

A pesar de todo lo dicho y de que es un pozo de adjetivos y un silo de contrastes y metáforas, tiene el padre Porras dos buenas cualidades: la de ser breve y comedido, y la de no espantar las moscas con el bonete. P. V.

EN SAN PLÁCIDO

EL PADRE MIRA

Con seguridad que mientras el bueno del padre Mira aguardaba en el alto del púlpito á que terminaran los cánticos para enderezar su plática, estaría allí para sus adentros recordando el caso del predicador a quien, viéndose en su más auditorio que los monaguillos y dos bastas dormilonas, exclamó:—«Venid á hablaros de los gozos del bendito San José; pero pensando mejor, creo que estaré más en carácter hablando de la Soledad.»

No era precisamente tan reducido el auditorio como en el caso del cuento, pero poco faltaba, pues entre los fieles que entraban y salían, y los que echábamos á pie firme el sermón, no formábamos dos docenas, contando sacristanes, monaguillos y guardias municipales encargados de custodiar las mesas de peticitorio.

El exordio fué bueno: «No envidio las galas de la eloquencia, ni los atavíos de la retórica que para cantar las excelencias de la caridad...» Aquí se detuvo el padre bruscamente, un ruido cavernoso, como salido de las profundidades, llegó á nuestros oídos, alzamos la cabeza y

El predicador se llevaba las manos á la boca, como queriendo contener algo que se le quería escapar involuntariamente; después movió las mandíbulas sin lograr proferir una palabra; por fin rompió:—«Ahora lo comprendo todo—dijo—como en las comedias malas al llegar el desenlace. El padre Mira es una mijata tartamudo, y además está en el período algido de una digestión difícil. ¡Buen par de inconvenientes para un orador!

Pero no eran estos solos los que afligían al buen padre, no obstante no envidiar eloquencias, ni galas, ni nada. Con dos centenares de vocablos, únicos que trato de nuestro rico idioma, se las arregla lo mejor, que padece y sale del paso en veinte minutos. Cuando la tartamudez ó lo otro le cortan el aliento, intercala un texto latino para mejor comprensión de los guardias municipales, y cuando sale del atolladero, habla de un modo tan veloz, que ni los guardias, ni el sacristán, ni yo entendimos una palabra.

En punto á doctrina, ya es otra cosa. La caridad cristiana, practicada tal y como lo hacían los mártires de los primeros siglos del cristianismo, haría de las sociedades modernas un pueblo de ángeles; pero ¡buena caridad nos dé Dios! El padre Mira lo dice: «ocorriendo á los desvalidos, alargando la mano á los menesterosos, no tendrían ustedes, los poseedores de grandes fortunas, que atrancar sus puertas, ni habria fraudes, ni timos, ni robarían un día sí y otro también las administraciones subalternas. Pero estamos peor que en los tiempos en que el árbol del paganismo cubría con sus ramas la redondez del mundo, y los hijos eran abandonados por sus madres á las puertas de Roma, y las mujeres no podían protestar de que sus maridos las prostituyeran ó las degollaran.»

Por donde quiera que el padre Mira tiende la mirada, observa cómo se falta á la caridad, cómo domina el egoísmo y la impudencia, cómo los súbditos se insubordinan y cómo los reyes están faltos de piedad.

Aquí comenzó á indignarse el buen padre, sobre todo recordando á esas gentes que nadan en oro y desprecian á los pobres... Ni más ni menos que el hermano Iglesias. Padre Mira, un consejo con el respeto debido:

Otra vez almuerce usted temprano, como hacen los cantantes, evitando así la contingencia de que una expulsión de gases le malogre una nota. E. M.

EN SAN SEBASTIAN

EL SEÑOR BELDA Y BELDA

¿Qué apostamos á que el padre Belda es aficionado al torero?

De primera intención nos dió un quiebro en las Salesas Reales, donde, según estaba anunciado, predicaría á las tres; fuimos á las dos y media, y ya había cumplido su misión en aquella iglesia.

No trasladamos á San Sebastian en busca del padre Porras, que se anunciaba en el cartel, y ya estaba en el púlpito... el padre Belda y Belda, dispuesto seguramente á hacer con el sermón lo mismo que con el apellido.

—Con vuestro permiso—oímos que decía, dirigiéndose al altar mayor y á manera de brindis.

Y sin tomarse tiempo para respirar siquiera, soltó á renglón seguido, sin punto ni coma, la situación de las naciones más ó menos bárbaras al venir Jesucristo al mundo. Gracias á que el predicador aprieta los dientes al hablar; que si no, de una tirada se le sale todo el sermón.

Dispense el padre Belda, si es indiscreta la pregunta: ¿Verdad que ese párrafo le había dicho ya en las Salesas?

Nos habló del teatro como uno de los placeres que más corrompian á aquella sociedad. ¡Habráselo visto! ¡Y creíamos nosotros que no sucedía eso más que en Esclava!

Entrando en materia, y con una cita latina entre los dientes, y otra á banderillas en los ademanes, comenzó á referir la escena del lavatorio y el ejemplo de humildad que Jesucristo dió á sus apóstoles.

Al llegar su turno á Pedro, el príncipe de ellos, resistióse, un tanto escamado. «A mí no me la das,» parece que pensaba el aludido. «Te he visto rodeado de gloria, ¿y vienes ahora á lavarme los pies?»

Pero ante la amenaza de verse borrado de la lista de los discípulos, San Pedro cambió de parecer. «¡Lávame los pies, las manos, todo lo que quieras!» exclamó.

Y el padre Belda, haciendo imaginarios recortes, dice á los fieles oyentes:

—«Si el tiempo no hubiese corrido tanto, yo os explicaria detenidamente, contando con vuestra fina atención.»

Entendimos lo que pasaba.

Tal vez había que despachar el tercer sermónico.

Así debió de ser, pues, aunque la atención de los oyentes no dejaba de ser tan fina como pudiera desear, volvíase hácia el altar mayor, y en un santiamén dió fin á su perorata.

Y á todo esto, sin dejar de apretar los dientes. Lo dicho; el padre Belda guardaba el tercer sermón del día. Y tal vez el cuarto! S. A.

EN DON JUAN DE ALARCON

DON SANTIAGO FEJEIFERO

El Sr. Fejiefero tiene todas las cualidades exteriores que pueden hacer interesante el discurso de un orador sagrado.

De buena estatura y derecho, á pesar de su edad, posee una fisonomía que predispone en favor suyo. Fundidas en el color de cera pálido de su rostro, de cuya nota se diferenciaba poco la blanca gris de las canas venerables, apenas pudimos distinguir sus facciones en la semi-oscuridad del templo. Sólo la nariz aguileña destacábase en las actitudes de perfil, acentuando la distinción del busto.

Estando oír un sermón propio de tal estampa de sacerdote, no muy común en España, comenzamos á escucharle, pero muy pronto perdimos todas las ilusiones.

El sermón de siempre. Judas presentado con rasgos de maldad fantásticos, propios de cuentos para niños ó de pláticas dirigidas á beatas crédulas, é ignorantes por el cura de la más apartada aldea, escasa fortuna en la interpretación de los caracteres de los apóstoles, falta de fuerzas para delinear la figura de Cristo, textos lanzados sin encaje, y frases místicas cuyo sentido gramatical reñía siempre con el estado de ánimo del orador.

El timbre de su voz sonora y de varonil dulzura llegaba algunas veces al corazón como agradable música; pero la funesta intención patética que por igual tenían todas sus palabras, quitaba todo interés de claro oscuro al discurso, si por acaso hubiera tenido alguno en el fondo.

La mímica, de una regularidad y monotonía triviales, llegaba en algunos casos á grotesca; por ejemplo, cuando sacudia los hombros para cargarse del peso invisible de una tarea demasiado árdua para los años; de esos años que influyen tanto con el auditorio, sobre todo cuando se llevan con la pulcritud y decoro exteriores del Sr. Fejiefero.

Este, en sus tiempos, debe de haber sido un orador muy recomendable.

Seguramente las que parecían concurrentes habituales del templo, no muy numerosas, contaban de antemano con tal sermón, porque, comenzar el padre y arrear con ellas en el marraullo de sus rezos, con voz alta y apresurada, todo fué uno. Se hubiera creído que trataban de apagar la voz del padre Fejiefero, por entender que é ta sólo servía para distraerlas de sus oraciones. F. A.

EN SAN JERONIMO EL REAL

EL PADRE GENOVER

La iglesia limpia, y templado su ambiente por modernas chonbeskeys; en las paredes colgados tapices de la calle de Postas, con dibujos profanos de dudoso gusto; el monumento de, estilo gótico, algo averiado, é iluminado profusamente; varias mesas peticorio, presididas por hermosas y elegantes damas, ejerciendo, á su modo, la virtud sublime de la caridad; y numerosa y distinguida concurrencia, arrojada sobre modesta y blanca estera, meditando y orando. Este es el aspecto que ofrecía San Jerónimo el Real en la tarde de ayer, en el momento de celebrarse la ceremonia del Lavatorio.

No es este templo un modelo de arquitectura. Restaurado recientemente de limonosa, y deseando sus patronos darle estilo gótico puro, hubieron necesidad de adornarlo con relieves de yeso, embardnados con cal, dándole con esto un aspecto extraño, que ni llama al recogimiento, ni inspira idea alguna profana. Visitar esta iglesia, después de contemplar otros templos ovoides del período floreciente de nuestra arquitectura, y mirar aquellas paredes blancas, cubiertas en parte con tapices de gabinete de modesto burgnes, produce la impresión misma que produciría un lienzo del Ticiano, abrigado con barniz copal, y encerrado en marco forrado de peduche con adornos de metal dorado.

El indiferentismo de nuestros tiempos no lo imponen nuestras costumbres, ni nuestra civilización, ni el saber; arrastran á él fatal é inevitablemente el empeño en mezclar lo sagrado con lo profano; el propósito de unir con la severidad del culto católico, prácticas y ritos, que nada tienen de religiosos; el deseo immoderado de ocultar la modestia y grave-

dad, que tan bien cuadra al carácter de nuestra religión, con trapos y adornos, que no despiertan en el alma sentimiento alguno de respeto.

Preferimos la iglesia del lugar, pobre, mezquina con las paredes desnudas, con el bondadoso rector celebrando los oficios del día, y con el pueblo recogido y postrado al pie de los altares, que esos templos, que quieren elevarse en su pobreza á la categoría de suntuosa basílica, y para conseguirlo, buscan recursos y medios, que el arte rechaza, que el buen gusto no acepta, y que los cánones debieran condenar. Desengáñense los que quieren propagar la fé por tales medios: los misterios de nuestra religión, y la purísima doctrina del Hombre-Dios, que se sacrificó por redimir á la humanidad, no han necesidad de tales medios, para influir en la vida de los pueblos, y para guiar al hombre por el camino del bien en su paso por la tierra.

A las tres y media ocupó la cátedra sagrada el reverendo padre Genover, misionero del Sagrado Corazon de Maria, según rezaba el cartel. Este padre misionero es de aquellos que predicán sin ser oradores. No se mete, y hace bien, en el campo de la retórica; no entretiene, por lo que se ve, sus oídos, en el estudio de la filosofía; no busca ejemplos que imitar entre los grandes maestros de la oratoria sagrada. Ni siquiera trueno, contra la sociedad moderna, ni abomina de los liberales, que envienen con su aliento impuro los espíritus. Explica á su manera el Evangelio, habla de la humildad de Cristo con primitiva sencillez, y condena la soberbia sin disparar ningún rayo de ira. Se le escucha sin emoción; no enseña nada; no molesta, ni atrae; no aviva la fé, ni la entibia. Cuando acaba uno de oírle se queda sereno y tranquila el alma, como estaba antes. Sin el siseo con que, involuntariamente sin duda, hierre el oído de los fieles, y con que procurase decir Jesucristo, en vez de Quesocristo, y no pidiese tantas veces, que nos homillemos, y nos abajemos, y no usase metáforas como aquella de que «el Sacramento de la penitencia es un específico eficaz para limpiarnos,» seria el padre Genover un predicador aceptable en una iglesia de cabeza de partido judicial, pero no en Madrid, donde los fieles son menos tolerantes con los padres misioneros.

Bien sabe Dios, que estas censuras, si censuras pueden llamarse nuestras humildes frases, no las consignamos con el fin insano de mortificar el ánimo del reverendo padre, sino con el bueno y laudable propósito de que busque almas más inocentes y sencillas, que escuchen sus sencillas é inocentes pláticas. M. E.

ORATORIO DEL CABALLERO DE GRACIA

EL SEÑOR VILLALONGA

Si como tiene voz el Sr. Villalonga tuviera ideas y medios para expresárlas, sería el orador más eminente de la tierra.

En punto á facultades vocales es un asombro. ¡Lástima que de las otras ande bastante escaso. Comenzó la plática en una tessitura imposible. Buenos gallos vamos á oír, nos dijimos en silencio. Pues ni uno soltó en los tres cuartos de hora largos que duró el sermón.

De cuando en cuando, al terminar un período y empezar otro nuevo, bajaba algo la voz, pero en seguida tornaba al diapason normal. El Sr. Villalonga debe de tener algun sordo en su familia, ó se quiso dar tono demostrando la resistencia de su garganta y los alientos de sus pulmones.

¡Cuántas cosas buenas pueden decirse con aquella voz hermosa! El Sr. Villalonga no quiso, no pudo ó no supo decírlas. Y no porque le faltase la intención: desde las primeras frases entró de lleno en materia, tratando nada menos que del misterio de la Eucaristía. Y claro está, cuando no se tienen altas y luminosas ideas ni palabra fácil y abundante, lo natural es que el santo se vaya al cielo y no vuelva por acá aunque se le llame con insistencia y se implore repetidas veces la misericordia divina. Eso aconteció con el Sr. Villalonga ayer tarde. En tres ocasiones distintas, las contamos bien contadas, empezó el orador el tema de su discurso. Cuando se veía perdido intercambiaba una sentencia latina, y comenzaba de nuevo.

De su estilo, de sus giros y de sus locuciones, no sabemos qué decir. ¿Han oído ustedes alguna vez al señor conde de Tejada de Valdesera, aquel que fué ministro con Cánovas? Pues el Sr. Villalonga es algo así; un orador que sería capaz de estar pronunciando palabras y más palabras durante un trimestre, sin manifestar el más leve cansancio, ni nada que se pareciese de cien leguas á su idea.

Y perdone el Sr. Villalonga si al hablar de las dotes de orador que le concedió el cielo nos hemos acordado de las que adornan al señor conde de Tejada.

Son las primeras con que ha tropezado la memoria. A. A.

EN LA LATINA

El monótono y desagradable ruido de la puerta de entrada á la microscópica capilla, unido al desahinado canto religioso que oficiaron las monjitas, distrajeran un tanto la atención de los fieles que en gran número habían acudido á la iglesia á oír la palabra del Sr. Alia, sacerdote encargado de dirigirla. Es este un señor alto, robusto, de grandes energías musculares, que más bien parece entregado á las rudas faenas del campo que á la contemplación y estudio de las cosas espirituales.

Algo de su corpórea naturaleza se revela en el tono y timbre poderosos de su voz, que no maneja bien por desgracia, pues á cada momento emite notas agudísimas y desafinadas, que hubieran hecho pesada su oración á no ser ella tan breve. En efecto sólo duró veinticinco minutos.

Habló diferentes veces de la cena, en que se hizo trozos el cordero pascual, uno de los cuales comió el traidor Judas, de quien el maestro desconfiaba, y en seguida abordó el tema del lavatorio, alegando que sentia no estar dotado de entendimiento suficiente para tratarlo, ni poseer mas que un tocoso pincel con que pintar la interesante escena.

Y así fué, en realidad, pues metido en el farrago de lugares comunes, y echando mano de los recursos retóricos tan en boga en esta clase de oradores, terminó su sermón afirmando que la única verdad positiva que se conoce es que Cristo, con su acto de humildad hácia sus discípulos, había consagrado la igualdad y fraternidad entre los hombres. Dios se lo pague al Sr. Alia, pues hay muchos católicos que aun no lo creen. S. C.

EN LEGANÉS

Con toda la paciente humildad recomendada por el reverendo padre Martínez, de los Escolapios de Getafe, vamos á dar cuenta del sermón, homilía, plática ó lo que fuere, dicho por el buen siervo del Señor desde el púlpito de Santa María. Bien necesitamos de ella, porque despues del molimiento de huesos cogido en el celebrísimo trasvase de Leganés, donde toda incomodidad tiene su asiento, amen de cuatro descarrilamientos, dos trastornos y otras menudencias de vigilantes y matute-



